

PRIMER ATAQUE AL MONSTRUO SUTIL

UN DIÁLOGO

HUGO HIRIART



Personajes del diálogo: Anselmo, el profesor e Imelda Baltordini, dama joven de no mal parecer. El diálogo tiene lugar en un café cercano a la plaza de Coyoacán.

PROFESOR

Imelda, imagínate un pulpo rojo... (Pausa breve.)
¿Ya?

IMELDA

Ya.

PROFESOR

¿Qué hiciste?

IMELDA

(Con cierto asombro) ¿qué hice?... (El profesor afirma con la cabeza.) No hice nada, un pulpo apareció en mi cabeza. Lo "vi" en mi cabeza.

PROFESOR

¿Y dónde estaba ese pulpo, Imeldita?

IMELDA

En una pecera no muy grande con plantas de plástico.

PROFESOR

(Se dirige a Anselmo.) ¿Lo ves? El vulgo identifica espontáneamente imaginar con tener imágenes mentales. Fíjate: Imelda, hija, imagínate ahora que ese pulpo rojo está peleándose con un pulpo color amarillo huevo. Los animales están furiosos. (Pausa breve) ¿Ya?

IMELDA

Los estoy "viendo", Profesor, se mueven lentamente.

PROFESOR

¿Están entrelazados?

IMELDA

Sí, los animales forcejean. Es algo como vencidas a

ocho brazos; de seguro no hay nada como el abrazo de un pulpo.

PROFESOR

Anselmo, ¿te das cuenta de que le estoy preguntando qué se imagina y ella me está contestando con la descripción de lo que está visualizando, es decir, de su imagen mental de esa lucha? Creo que está perfectamente claro que imaginar es producir y operar estas imágenes mentales.

ANSELMO

Profesor, quiero recordarle a usted que ella no está viendo nada. El verbo "ver" es en este caso una metáfora. Por eso digo que la imagen mental es un modo parcial y metafórico de integrar y poner en palabras la experiencia de imaginar.

PROFESOR

Anselmo, Anselmo, ¿hasta dónde quieres llegar? Pon atención a esta pregunta, fíjate bien: Imelda, querida, hazme el favor de decirle al señor cómo están situados en tu imagen mental los animales entrelazados. ¿Uno al lado del otro?

IMELDA

No, el rojo está arriba y el amarillo está abajo.

PROFESOR

¿Quieres más prueba de que está describiendo algo que "ve" con los ojos de la mente, es decir, su imagen mental, su i-ma-gen, esa imagen mental que tú dices que no existe?

ANSELMO

No, Profesor, no me he pronunciado todavía acerca de si las imágenes mentales existen o no existen, lo que he dicho es que imaginar no consiste en tener imágenes mentales y hacer cosas con ellas.

PROFESOR

Quiero recordarte que el vulgo así lo entiende.

IMELDA

Profesor, ¿no podría usted emplear otra palabra que no sea "vulgo" para referirse a esa considerable parte de la humanidad a la que aburre infinitamente este tipo de discusiones?

PROFESOR

Perdóneme, Imeldita, nada me dolería más que, no sólo herir tu quisquillosidad, sino incomodarte de algún modo.

ANSELMO

Usted, Profesor, está privilegiando un caso aislado, el caso "¿cómo te imaginas X?" Preguntar ¿Cómo te imaginas? equivale a algo como: "dime, querida, ¿qué sería para ti ver una lucha de pulpos?" Y ¿cómo quiere usted que la pobre muchacha conteste si no es haciendo una descripción de lo que sería para ella ver esa lucha? Pero hay muchos otros usos de imaginar, muchas otras situaciones diferentes, propias del imaginar y donde no hay la menor tentación de hablar de imágenes mentales.

PROFESOR

Anselmo, produce un ejemplo.

ANSELMO

Ahí va. Un actor le dice a otro en un ensayo: "imagínate que traigo un florete", y los dos empiezan a pasar la escena. Uno quiere clavarlo, el otro lo elude, corren, se contorsionan con expresividad, como personajes de la Comedia del Arte, gesticulan ampliamente: el del florete imaginario, furioso; el perseguido, asustadísimo. Ahora dime, Imeldita, ¿qué papel desempeñan las imágenes mentales en este uso de la imaginación?

IMELDA

Creo que más bien estorbarían muchísimo, ¿verdad, profesor?

PROFESOR

No es un caso ortodoxo de imaginar, más bien es un caso raro, muy elaborado. Si quieres, Anselmo, hablemos de teatro.

ANSELMO

No, no tiene nada de raro. A los niños les gustan los materiales, los hilos, la arena, el agua, el lodo. Un niño ata con un hilo delgado los muebles de la sala de su casa y construye una casita. Un hilo quiere decir que ahí hay una pared. En este caso la imaginación actúa estableciendo convenciones, ciertas reglas: "por ahí, no, dice el niño, la puerta es por acá". Es un caso igual al del florete.

PROFESOR

El niño hace una casa mental y deja de ver el hilo como hilo porque tiene una imagen mental de la casa imaginaria. Sin la casa mental no sabría dónde es la entrada.

ANSELMO

No entiendo bien cómo funciona su casa mental, y menos por qué sin esa construcción no hay casa de hilos.

PROFESOR

Tú juegas con el niño a que están dando caza a un tigre entre los muebles de la sala. ¿Crees que el niño no "ve" con la imaginación al tigre que avanza arrastrándose detrás del sillón? Si no, ¿cómo se asustaría?

ANSELMO

No quisiera discutir eso ahora. Preferiría, si me lo permite, intentar ir por otro lado, un fresh start, como decía Aristóteles.

PROFESOR

Procede.

ANSELMO

Imeldita, imagínate un sultán. (Pausa.) ¿Ya? (Imelda afirma con la cabeza.) Ahora, dime, esto que "ves" en tu imaginación, ¿dónde está?

IMELDA

¿El sultán?

ANSELMO

No, el sultán está en Bagdad o en *Las mil y una noches*, o donde sea, queremos saber dónde está la imagen, eso que "ves". Queremos una imagen de qué es para ti tener la imagen del sultán para saber dónde está. Digamos una imagen de tu imagen.

IMELDA

No entiendo muy bien eso de imagen de imagen, pero puedo decir que el sultán que "veo" está en mi cabeza.

ANSELMO

¿A tres centímetros de tu frente? (Al profesor.) Esta pregunta es de Wittgenstein.

IMELDA

No, no se puede medir así.

ANSELMO

Cómo, ¿no se puede medir? ¿Está en un lugar, pero no se puede medir? ¿No te parece raro? ¿Qué espacio es

ese que no puedes decir si está cerca o lejos de esto o de lo otro?

IMELDA

Ahora que lo dices, me parece muy raro. Sí, es curioso.

ANSELMO

Podrías tal vez decir que tú "ves" la imagen del sultán, pero que la imagen no está en ninguna parte. Y entonces ¿podemos sostener que la imagen existe aunque no esté en ninguna parte? ¿qué tipo de existencia sería esa?

IMELDA

Pero yo "veo" algo, de eso estoy segura, yo "veo" al sultán.

ANSELMO

Ese es el problema: ¿qué clase de monstruo es la imagen para que tú puedas decir que la "ves" pero que no está en ninguna parte?

PROFESOR

Ya estoy viendo a dónde vas.

ANSELMO

Pero, ¿podría usted esperarse hasta que llegue? Imeldita, ¿cómo hiciste la imagen del sultán?

IMELDA

(Pausa.) No, no sé. Apareció de pronto... Y no, ya no puedo decir que está en mi cabeza... Bueno, apareció.

ANSELMO

¿Hiciste algún esfuerzo? O, más amplio, ¿hiciste algo que pudiéramos llamar actividad, cierta acción de tu parte para producirla?

IMELDA

No, la verdad, no algo que me diera yo cuenta.

ANSELMO

¿Y no te parece raro? Podrías decir que nada la produce, pero de nuevo, ¿qué clase de monstruo es la imagen que nada lo produce? ¿Cómo puede formarse dentro de ti así, pum, pum, como por prestidigitación?

IMELDA

De veras. Algo debe estar mal por ahí, ¿no es cierto?

ANSELMO

Así es, Imeldita, muchas cosas. Pero quiero hacerte otra pregunta.

IMELDA

Tú dirás.

ANSELMO

¿Cómo sabes cuándo tienes una imagen como la del sultán y cuándo no la tienes?, ¿cómo "llegas" a la imagen?, ¿qué clase de conocimiento te permite decir "ahora tengo una imagen"?

PROFESOR

No, no, Anselmo, has ido demasiado lejos en tu osadía y no me puedo contener, ella sabe cuándo tiene una imagen por introspección.

IMELDA

¿Qué es eso?

PROFESOR

Es conciencia reflexiva, mirada interna, como introspección, pero por dentro, introspección.

ANSELMO

No. Introspección no es más que una palabra, un nombre que le ponemos a lo que no sabemos ni qué es ni cómo funciona.

PROFESOR

Ay Anselmo, Anselmo, insensato, tú sabes muy bien que, como dice Sartre, "una conciencia reflexiva nos entrega datos absolutamente ciertos: el hombre que, en un acto de reflexión, toma conciencia de "tener una imagen", no se puede equivocar". Lo sabemos desde Descartes.

ANSELMO

Había usted prometido que no iba a hacer una sola cita de grandes vacas filosóficas, y menos así en el lenguaje dogmático y repugnante de las historias de la filosofía. Siento que ya manchamos para siempre con esa basura nuestra conversación.

PROFESOR

Cálmate, Anselmo, y no hables así que en tus expansiones me estás salpicando a mí también. Además, tú fuiste el primero, ¿ya se te olvidó que citaste a Wittgenstein?

ANSELMO

"Wittgenstein", qué manera de hablar. Pero, bueno, bueno, no quiero discutir ahora lo de la introspección.

PROFESOR

Sigue con tu argumento, mi querido Anse.

ANSELMO

Pregunto entonces: ¿qué clase de monstruo es la imagen que no sabemos ni qué es ni dónde está ni qué la produce ni, según mi opinión, cómo la conocemos? Veán ustedes, si decimos que imaginar consiste en producir y operar imágenes mentales estamos cometiendo dos errores: primero, estamos montando una teoría sobre entidades muy sospechosas de no existir, y segundo, que no comprende todos los casos de imaginar y deja fuera casos como el del florete, que son imaginativos, pero quedan sin explicar porque en ellos no hay uso ninguno de imágenes mentales.

PROFESOR

Admitiendo sin conceder, remando contra la corriente de una larga tradición filosófica y contra la manera común de hablar y entender las cosas, ¿qué crees tú que pueda hacerse?

ANSELMO

Habría que articular una manera de hablar que comprenda todas las variedades de la experiencia imaginativa y que no se base en las pálidas, frustrantes y monstruosas imágenes mentales. Esa articulación debe dar cuenta también de las propias imágenes.

PROFESOR

No creo que pueda hacerse, pero no quisiera de ninguna manera desalentarte. Buena suerte en tu viaje al fin de la nada, mi querido Anselmo.

ANSELMO

Gracias, profesor. Antes de terminar, quisiera leerles un cuento, es cortito y muy viejo, forma parte de una colección de autor anónimo, y fue hecho en Florencia a fines del siglo XIII. A mí me parece que su tema tiene mucho que ver con la imaginación. Y además y sobre todo, ¿cómo podemos terminar una conversación sobre el imaginar sin que en ella figure un cuento? Estaríamos en la hoya, como los simplificadores que reducen lamentablemente la imaginación a las imágenes mentales.

HUMO

En la Alejandría que está en Rumania (ya que hay doce Alejandrías), fundada por Alejandro en marzo, antes de que muriese, en el barrio donde están los sarracenos y venden sus fritangas, un día lunes, un cocinero mahometano, que tenía por nombre Fabratto, se hallaba en su cocina, cuando llegó un pobre sarraceno con un pan en la mano. No tenía dinero para comprar nada y puso su pan encima del caldero para que recibiera el humo que de ahí salía. Lleno de deleite mordía el pan ahumado por el humo del manjar que estaba cocinándose en el caldero, y así lo comió todo. Este Fabratto no había vendido bastante por la mañana, tuvo por mal agujero, y con disgusto atrapa al pobre sarraceno y le dice:

—Págame lo que has tomado de lo mío.

El pobre responde:

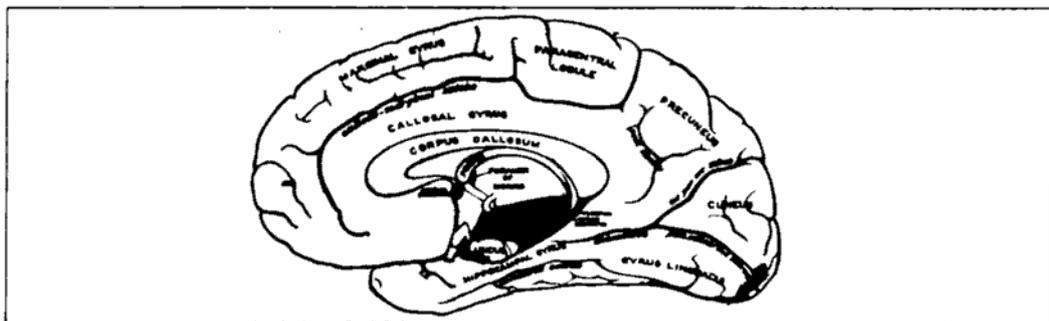
—No he tomado de tu manjar otra cosa que humo.

—De lo que cogiste, págame —vociferaba Fabratto.

Tanta fue la disputa que, por lo nuevo del pleito, y por no haber ocurrido nunca antes, llegó al Soldán. Éste, por la mucha novedad del caso, reunió a los sabios. Se trabó pleito. Los sabios sarracenos comenzaron a sutilizar. Uno sostenía que el humo no era del cocinero y aducía: el humo no se puede retener, se convierte en olor que carece de sustancia y de propiedad alguna que sea útil, y no debe, pues, pagarse. Otro decía que el humo está unido al manjar, de él depende y se genera de sus propiedades, el cocinero vende su mercancía, si se toma el humo se debe, pues, pagar. Hubo muchos pareceres. Finalmente un sabio impuso su consejo diciendo:

—Puesto que el cocinero está para vender su mercancía y el otro para comprarla, tú, justo señor, haz que pague justamente su valor. Si cuando el cocinero vende una útil propiedad del manjar, se le paga con útil moneda, ahora que ha vendido humo, que es la parte inútil de la cocina, haz, señor, sonar una moneda, y juzga que tenga por pago el sonido que de ella sale.

Y así sentenció el Soldán que fuese observado. *✎*



Aspecto medio del hemisferio cerebral